



IV Domingo de Cuaresma, Ciclo A

Fr. David Rosenberg

Instituto de Dirección Espiritual

Síguenos en: <http://www.ISDministries.org/>

"El que antes era ciego dijo: "Creo, Señor", y le adoró". Jn 9,38

En este cuarto domingo de Cuaresma se nos regala una historia maravillosa. Trata de no ver la luz, de tener miedo de ver la luz, de ver la luz y de negarse a ver la luz. El ciego de nacimiento no podía ver la luz hasta que Jesús, "la luz del mundo", le cubrió los ojos con barro, lo envió al estanque para que se lavara y le devolvió la vista. En este relato se despliega ante nosotros un verdadero tesoro de imágenes cuaresmales, bautismales y mesiánicas.

El paquete de barro que Jesús utiliza como bálsamo nos recuerda el polvo del que venimos y al que volveremos. El estanque de Siloé, que significa "el enviado", nos recuerda las aguas del bautismo, así como al Cristo enviado de Dios, que a su vez nos envía a nosotros plenamente iluminados espiritualmente por nuestro encargo bautismal de llevar la luz al mundo.

También hay personajes en esta historia bíblica que son ciegos y se obstinan en su deseo de seguir siéndolo. Los fariseos son gente rígida y de dura cerviz, reacios a creer la sencilla historia de este hombre sencillo. Él cuenta la sencilla historia de su curación una y otra vez a oídos que eligen no oír y a corazones endurecidos que rechazan el don de la vista espiritual. "Yo era ciego. Hice lo que Jesús me dijo que hiciera. Ahora veo".

Los padres del ciego tienen miedo de ser testigos de lo que hizo Jesús, como demuestra su reticencia a implicarse por temor a causarse problemas. El lector queda sorprendido por los obstáculos que se oponen a algo tan nuevo y maravilloso. Esto es un recordatorio para nosotros de las muchas personas en cada generación que encuentran la buena noticia demasiado buena para ser verdad.

La conversión más notable de esta Escritura es la del mendigo, ciego de nacimiento, que se convirtió en embajador de Jesús, insistiendo en que debía ser de Dios o, de lo contrario, no podría realizar obras tan maravillosas. Por este acto de valentía es desterrado. Pero Jesús lo busca y lleva su fe un último paso más allá, hacia la última forma de ver: hacia la fe en el Hijo de Dios.

Al final, se nos recuerda el viejo dicho: "No hay más ciego que el que no quiere ver". Y la verdad es que hay algunos aún más ciegos que esos. Son los que están ciegos pero están convencidos de que ven.

Esta semana, reflexionemos sobre el misterio de la Encarnación, que ha conducido al género humano, que caminaba en las tinieblas, al resplandor de la Luz de Cristo. Nosotros, que nacimos esclavos del antiguo pecado, por las aguas de la regeneración somos por fin libres, y somos acogidos como hijos adoptivos en el Reino de Dios, en la tierra como en el cielo.

Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo según San Juan

En aquel tiempo, Jesús vio al pasar a un ciego de nacimiento, y sus discípulos le preguntaron: "Maestro, ¿quién pecó para que éste naciera ciego, él o sus padres?" Jesús respondió: "Ni él pecó, ni tampoco sus padres. Nació así para que en él se manifestaran las obras de Dios. Es necesario que yo haga las obras del que me envió, mientras es de día, porque luego llega la noche y ya nadie puede trabajar. Mientras esté en el mundo, yo soy la luz del mundo".

Dicho esto, escupió en el suelo, hizo lodo con la saliva, se lo puso en los ojos al ciego y le dijo: "Ve a lavarte en la piscina de Siloé" (que significa 'Enviado'). Él fue, se lavó y volvió con vista.

Entonces los vecinos y los que lo habían visto antes pidiendo limosna, preguntaban: "¿No es éste el que se sentaba a pedir limosna?" Unos decían: "Es el mismo". Otros: "No es él, sino que se le parece". Pero él decía: "Yo soy". Y le preguntaban: "Entonces, ¿cómo se te abrieron los ojos?" Él les respondió: "El hombre que se llama Jesús hizo lodo, me lo puso en los ojos y me dijo: 'Ve a Siloé y lávate'. Entonces fui, me lavé y comencé a ver". Le preguntaron: "¿En dónde está él?" Les contestó: "No lo sé".

Llevaron entonces ante los fariseos al que había sido ciego. Era sábado el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos. También los fariseos le preguntaron cómo había adquirido la vista. Él les contestó: "Me puso lodo en los ojos, me lavé y veo". Algunos de los fariseos comentaban: "Ese hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado". Otros replicaban: "¿Cómo puede un pecador hacer semejantes prodigios?" Y había división entre ellos. Entonces volvieron a preguntarle al ciego: "Y tú, ¿qué piensas del que te abrió los ojos?" Él les contestó: "Que es un profeta".

Pero los judíos no creyeron que aquel hombre, que había sido ciego, hubiera recobrado la vista. Llamaron, pues, a sus padres y les preguntaron: "¿Es éste su hijo, del que ustedes dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?" Sus padres contestaron: "Sabemos que éste es nuestro hijo y que nació ciego. Cómo es que ahora ve o quién le haya dado la vista, no lo sabemos. Pregúntenselo a él; ya tiene edad suficiente y responderá por sí mismo". Los padres del que había sido ciego dijeron esto por miedo a los judíos, porque éstos ya habían convenido en expulsar de la sinagoga a quien reconociera a Jesús como el Mesías. Por eso sus padres dijeron: "Ya tiene edad; pregúntenle a él".

Llamaron de nuevo al que había sido ciego y le dijeron: "Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es pecador". Contestó él: "Si es pecador, yo no lo sé; sólo sé que yo era ciego y ahora veo". Le preguntaron otra vez: "¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos?" Les contestó: "Ya se lo dije a ustedes y no me han dado crédito. ¿Para qué quieren oírlo otra vez? ¿Acaso también ustedes quieren hacerse discípulos suyos?" Entonces ellos lo llenaron de insultos y le dijeron: "Discipulo de ése lo serás tú. Nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios. Pero ése, no sabemos de dónde viene".

Replicó aquel hombre: "Es curioso que ustedes no sepan de dónde viene y, sin embargo, me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero al que lo teme y hace su voluntad, a ése sí lo escucha. Jamás se había oído decir que alguien abriera los ojos a un ciego de nacimiento. Si éste no viniera de Dios, no tendría ningún poder". Le replicaron: "Tú eres puro pecado desde que naciste, ¿cómo pretendes darnos lecciones?" Y lo echaron fuera.

Supo Jesús que lo habían echado fuera, y cuando lo encontró, le dijo: "¿Crees tú en el Hijo del hombre?" Él contestó: "¿Y quién es, Señor, para que yo crea en él?" Jesús le dijo: "Ya lo has visto; el que está hablando contigo, ése es". Él dijo: "Creo, Señor". Y postrándose, lo adoró.

Entonces le dijo Jesús: "Yo he venido a este mundo para que se definan los campos: para que los ciegos vean, y los que ven queden ciegos". Al oír esto, algunos fariseos que estaban con él le preguntaron: "¿Entonces también nosotros estamos ciegos?" Jesús les contestó: "Si estuvieran ciegos, no tendrían pecado; pero como dicen que ven, siguen en su pecado".

El Evangelio del Señor.

Te alabamos, Cristo Señor.